

CAPÍTULO 20: LA CÁMARA

Mónica y Gabi llegaron al lugar en el que la chica había dejado a Juanan haciendo fotos. Gabi, que llevaba una linterna encendida, comenzó a iluminar la zona, tratando de vislumbrar a su amigo. La joven, mientras tanto, llamaba a su novio a gritos, sin obtener respuesta a cambio.

—¿Estás segura que este es el sitio, Mónica?

—Sí, seguro. ¡Juanan! ¡JUANAN! —la muchacha no paraba de gritar, desesperada—. Como le haya pasado algo no me lo voy a perdonar...

—Tranquila, seguro que lo encontramos...

Ambos jóvenes rebuscaban por la zona, ansiosos y desesperados, tratando de encontrar algún indicio que les ayudase a averiguar el paradero del joven. De pronto, en el silencio de la noche, un extraño sonido les llamó la atención.

—¿Oyes eso? Son como golpes de piedras o algo así... El otro día Marta y yo escuchamos ese mismo sonido en el refugio de la Caldera —explicó Gabi, dirigiéndose a su amiga.

—¿Qué? ¿Qué sonido? ¡JUANAN! ¡CONTESTA, JODER!

—Mónica chillaba desquiciada, perdiendo los nervios.

Gabi se dio cuenta de que su amiga estaba tan asustada que no era capaz de prestar atención a nada más, así que decidió obviar el extraño sonido y continuó iluminando la zona para tratar de encontrar al joven. En ese preciso instante, la luz de la linterna alcanzó el acantilado, y el chico cayó en la cuenta de que si su amigo no tenía buena iluminación o se había tropezado, había podido caer. Se acercó con disimulo, tratando de no alarmar más a Mónica, mientras la joven buscaba a Juanan alejándose del barranco. Al asomarse, Gabi iluminó hacia el acantilado, aguantando la respiración y deseando para sí mismo no ver el cuerpo de Juanan. La luz de la linterna no alcanzó la parte final del barranco, pero mientras trataba de vislumbrar al joven, algo llamó su atención. En un pequeño socavón, justo al borde del precipicio, Gabi descubrió la cámara del chico, con el cristal

roto. Miró hacia atrás, para asegurarse de que Mónica no lo veía agacharse, y en un rápido movimiento cogió la cámara. Trató de encenderla, pero un icono que indicaba que no había batería se lo impidió. El joven, decepcionado, cayó en la cuenta de que, aunque la cámara no pudiera encenderse en el momento, seguía funcionando, por lo que si volvían al refugio y podían enchufarla quizá pudieran ver alguna foto que les diese una pista sobre el paradero de Juanan. Gabi, temiendo que su amigo hubiese tropezado y caído por el barranco, decidió que lo mejor era regresar y pedir ayuda. Mónica continuaba gritando unos metros más atrás, así que el chico se acercó a ella con la cámara en la mano.

—Mónica, mira... —dijo mientras tendía la cámara hacia su amiga—. Estaba junto al precipicio, no tiene batería pero parece que funciona...

—¿Junto al precipicio? —chilló la joven, desesperada, corriendo hacia el acantilado y gritando el nombre de su novio, sin obtener respuesta.

—Mónica, cálmate. Lo mejor es volver. No sabemos si se ha caído, no te pongas en lo peor. Tenemos que volver y pedir ayuda...

—¡No! ¡Tenemos que bajar! ¡No pienso irme de aquí! —gritó la joven, forcejeando con su amigo, que trataba de calmarla.

—¡No, Mónica! Entiendo que no quieras irte sin él, pero tenemos que mantener la cabeza fría. ¿Y si bajamos y nos caemos? ¿Cómo vamos a ayudar a Juanan así? Te prometo que vamos a encontrarlo, pero para eso lo mejor es volver a casa, juntarnos con los demás y pedir ayuda.

La joven rompió a llorar, muerta de miedo, pero pareció entrar en razón. Gabi, que había visto llorar a su amiga en muy contadas ocasiones, sintió como algo se le clavaba en el pecho al verla así. Ambos jóvenes iniciaron el camino de vuelta a casa en silencio, temiendo lo peor.

En el camino, el sonido de las piedras que chocaban volvió a resonar. Una vez más, Mónica continuó absorta en sus pensamientos y no le prestó atención, pero Gabi comprendió que aquel sonido no podía significar nada bueno, momento en

el que un escalofrío le corrió por la espalda, alertando al muchacho de que algo extraño estaba pasando.